



A LA INTEMPERIE

ALFREDO P. ALENCART
PROFESOR DE LA USALVARGAS LLOSA, DOCTOR
POR SALAMANCA

La lengua castellana adquiere primera magnitud en las novelas de Mario Vargas Llosa, peruano y español, como este escriba. En su caso, como ha sucedido con la mayoría de los más egregios escritores peruanos, el destierro (voluntario u obligatorio) ha significado un plus para cuajar las cuatro paredes de la maestría literaria. Basten citar, para situarnos, los nombres de César Vallejo, José Santos Chocano, Ciro Alegría, Julio Ramón Ribeyro o Alfredo Bryce Echenique, entre otros. El Perú casi siempre en sus historias y poemas: el Perú visto mejor desde fuera, sin orejeras, nacionalismos o falsos altares de perfección. Aquí tampoco podemos olvidar al primer exponente del mestizaje étnico y literario entre España y Perú: el Inca Garcilaso de la Vega, fallecido en el sur de España. Ese cuzqueño y cordobés resulta el espejo de todos los que de allí salimos, especialmente del arequipeño al que Salamanca acaba de reconocer.

Del Vargas Llosa escritor se ha dicho y escrito mucho, por lo cual no conviene abundar en mayores elogios. También se le reconoció con múltiples premios y doctorados Honoris Causa. Pero estimo que éste, llegado desde Salamanca, será uno de los que reciba con mayor conmoción espiritual. Y me alegro por nuestra Universidad, y por mi amiga Carmen Ruiz Barriónuevo, prestigiosa catedrática de Literatura Hispanoamericana, a quien correspondió la misión de defender ante el Claustro de Doctores la propuesta que partió desde el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana. Tras Carmen deben estar varias profesoras que estimo han tenido mucho que ver en este reconocimiento a mi paisano: Eva Guerrero, quien ya estuvo con él por Bulgaria, Francisca Noguero, M^a. Ángeles Pérez López... A todas ellas, mi gratitud.

¿Por qué estimo que este Doctorado será muy especial para Vargas Llosa? Porque él conoce bien que Salamanca es la Matriz de su Alma Mater, la Universidad de San Marcos de Lima; conoce los nexos cul-



Vargas Llosa. :: EFE

turales que han unido a Salamanca con toda Iberoamérica a lo largo de estos cinco siglos, pero también conoce el pasaje de los Comentarios Reales, escrito por su admirado Garcilaso, donde recuerda lo que decía el canónigo Juan de Cuéllar, natural de Medina del Campo: «En aquel tiempo vio el canónigo Cuéllar la mucha habilidad que sus discípulos mostraban en gramática, y la agilidad que tenían para las demás ciencias... Doliéndole de que se perdiesen aquellos buenos ingenios, les decía muchas veces: --Oh hijos, qué lástima tengo no ver una docena de vosotros en aquella Universidad de Salamanca...».

Cuando en mis tiempos de estu-

dante universitario, allá por la Lima de principios de los ochenta, un compañero de la Facultad de Derecho me vio leyendo 'La guerra del fin del mundo' (su mejor criatura, a mi entender), tiempo le faltó para increparme por tal complacencia con un «traidor a la causa». Los fanatismos son nefastos: el inquisidor no sabía que dicha novela trataba justamente de mesianismos y opresiones. Los extremos al final se juntan... Sólo atiné a sonreír por tal proceder, aunque también pude confesarle mi admiración ante las tramas del arequipeño, particularmente en 'Pantaleón y las visitadoras' (atractiva y jocosa) o 'La casa verde' (tres tiempos narrativos insuperables).

Soy originario de la Amazonía, y es que lo selvático del Perú profundo aparecía novedosamente abordado por este paisano que generaba querencias cuando se adentraba en la ficción, y malquerencias cuando opinaba sobre cuestiones políticas. Estando yo en Salamanca, el año 1987 apareció una notable novela de Vargas Llosa, aún poco conocida por la mayoría. Se trata de 'El hablador': dos narradores, uno 'civilizado' y otro 'analfabeto', indígena de la tribu de los machiguengas, nómadas de la selva alta de mi región, Madre de Dios. El uno (bastante autobiográfico) se ancla en la razón; el otro, en un discurso mítico-simbólico.

Celebro este Doctorado, como celebré el Premio Nobel, tal y como debería hacerlo cualquiera que respete la lengua castellana. Y brindo con el maestro Samuel Escobar, arequipeño como Vargas Llosa, pues en las últimas semanas he-

mos venido intercambiando varios comentarios sobre la obra de nuestro laureado paisano. Por cierto, la fina intuición de Samuel Escobar lo llevó, hace tres lustros, a desentrañar la obra del Premio Nobel. Varios son los artículos que ha escrito y publicado en tal sentido. Baste uno para constatar la orientación de sus trabajos: '¿Una pedagogía antifanática?: La religión en la novelística de Mario Vargas Llosa' (Textos para la acción, año 5, n^o 8, Lima, marzo de 1997, pp. 18-39).

Sólo alegría puedo expresar por este reconocimiento de mi Universidad para con un magnífico escritor al que los premios y galardones por su obra narrativa no han envanecido hasta el extremo de hacerle desdeñar la Poesía. Todo lo contrario. Les anoto un extraordinario manifiesto suyo en favor de la creación poética. Este texto (toda una conferencia), terminó de convenirme de su grandeza como escritor. Aquí una porción de su decir: «Creo que en todo novelista, en todo prosista, hay siempre un nostálgico y un envidioso del poeta. Porque en su fuero interno todo prosista sabe que en la poesía se puede alcanzar una perfección que rara vez o nunca se alcanza con la prosa. La poesía es el más antiguo de los géneros, ella se hunde en la noche todas las civilizaciones y su origen se enlaza con el de las religiones, el canto y la danza, las primeras manifestaciones de la creatividad humana. La prosa, y sobre todo la novela, aparece en la historia como un estadio muy posterior. A la poesía algo se le ha quedado impregnado de sus orígenes remotos, cuando el ser humano vivía todavía en el mito y la leyenda, antes de que empezara la Historia propiamente dicha...».

Mientras la campaña política para acceder a la presidencia del Perú, allá por 1990, Vargas Llosa, según confesión propia, leía poemas de Góngora y a Quevedo como píldoras que le proporcionaban sosiego tras cada frenético día de gira por el país entero.

Bienvenido sea a Salamanca, patria espiritual de Fray Luis de León y Miguel de Unamuno.